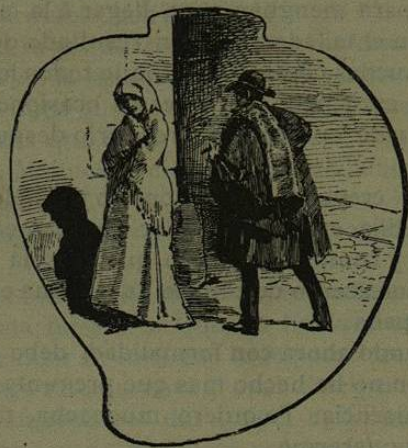


en esto de amoríos. Si usted supiera, tía Trinidad, qué conquistas hice en Madrid!...

—Ya estás bueno, ya.

—Pero no le diga usted nada á nadie.



XVI

La ronda de San Juan

RENUNCIAMOS á transcribir el sermón de la tía Antonia, así que ella y la sobrina se hallaron sin testigos. Por fortuna, achacó á demasiada cortedad y exagerado rubor el silencio y marcado desvío con que Manuela había escuchado los floreos del *don Juan*, y llamándola boba y gatita melindrosa, la dejó en paz con el propósito firme de no corresponder á tales finezas de enamorado. Á la verdad, y usando con perdón de los lectores de una frase demasiado vulgar, el licenciadito se le había sentado en la boca del estómago; y en el parangón en que forzosamente ponía á Esteban

con Tomás, resultaba éste tan sencillo, tan franco, tan enamorado y tan ingenuo, y aquél tan orgulloso, tan adulador, tan falso y tan pedante, que tanto más se inclinaba á querer al uno cuanto á odiar al otro.

Aumentó la repugnancia de Manuela con las dos ó tres veces que le viera, después del día de la llegada, y también aumentó la incomodidad de la tía, quien de temor no se enfriara el enamorado, hízole decir que la muchacha le quería mucho, sólo que como era tan jovencica, casi una niña, por eso se avergonzaba tanto; pero que debía estar contento de que tan pudorosa y recatada fuera su futura y no tan descocada y libre como eran otras, y así, que confiara y no desmayase. Todo se lo creyó muy bonitamente el vano licenciado, que aunque maldito el cariño le tenía, sin embargo, convenía con su padre en lo ventajoso de aquella boda, pues su casa no estaba muy lucida (como con harta razón sospechaba la señora Victoria, mientras su alucinada hermana creía lo contrario); y además eso de casarse pronto le halagaba mucho.

Desde la antevíspera de San Juan se dijo por el pueblo que el hijo del alcalde preparaba una gran serenata á Manuelilla y que secretamente se había arreglado con los mejores punteadores de guitarra villembrineses. Paquiloco parecía ser uno de los comprometidos.

El día de la víspera llegó; se pasó y cerró la noche. Manuelilla disgustada y triste, tuvo por obedecer á la tía que acostarse, no más que aligerada de ropa con el fin de levantarse presto, así que se sintiera la ronda.

Transportada en el benéfico paréntesis del sueño á otro lugar más grato, vió á Faquimo arrodillado delante de ella, jurándola nuevamente que la quería con el alma y que antes se dejaría destrozarse que verla esposa de otro. Cuando en tales ensueños, andaba, hiciéronla abrir los ojos unos fuertes ladridos que venían del corral.

Al punto comprendió la causa de alboroto semejante tan á deshora, y en efecto sintió pisadas de hombres en la calle, toses, rumor de voces que hablaban quedamente y, por último, sonidos ya broncos ya agudos, producidos en las cuerdas de las guitarras por los hábiles dedos que templaban las cuerdas.

Más por fuerza que de grado, se sentó en el lecho la soñolienta zagala, buscó á tientas los zapatos, se los puso, y buscando la entornada puerta por el resplandor de la mariposa, que, como todas las noches, ardía en el aposento intermedio entre su dormitorio y el de los tíos, fué á tocar en la puerta de éste; pues la señora Antonia no la había dado más encargo.

Vinieron al cuarto de Manuelilla ella y su tía á punto que las guitarras principiaban un fandango. Abrieron el postigo de una ventana para mirar tras de los vidrios y oír mejor, y estándose quedas escucharon una voz que rompió de pronto con esta canción:

«Manuelilla, Manuela,
flor de romero,
no le digas á nadie
que yo te quiero.»

¡Cuál no sería el asombro de la moza al conocer que aquella voz fresca, alegre, que tan bien se unía al rasgueo de las guitarras, era la de Faquimo! ¡Cómo se alborozó de oírle! ¡Qué espontáneo sentimiento de gratitud se levantó de súbito en su alma! Pero nada se atrevió á decir á su tía; disimuló, y eso que el corazón le latía y toda ella temblaba de emoción.

Empezando Faquimo solo cada verso y uniéndosele luego cuatro ó cinco voces más, repitieron la seguidilla. Entre las voces del coro advirtió Manuela una que chillaba mucho, sin duda para hacerse oír mejor, y que lo hacía muy mal; pero esta voz le dió ira: era la

del Esteban. Mirando á través de los vidrios con mucho cuidado, buscó entre las siluetas negras de los rondadores á Faquimo, y en efecto le distinguió en el más gallardo y más apuesto de todos.

Por un buen espacio de tiempo sólo se dejaron escuchar las guitarras; al cabo, otra vez la voz de Faquimo cantó con más brío y más gracia que la primera, la siguiente, que bien conoció la moza era invención de su amante:

La Virgen de los Cardos
habita ahora
en el corazoncico
de mi paloma.

—Calla. ¿No es Faquimo ese que canta?—dijo la tía Antonia.

—Sí... él es—murmuró la sobrina.

—¡Y qué bien que lo hace ese borrego! Es de lo único que sabe.

De pronto se oyó:

«Cada vez que te veo
para mí digo:
—Á mi prójimo amo
como á mí mismo.»

—Chica, no puedes quejarte, que la serenata es bien buena—repuso la tía.—Mira, Homobono cuando éramos novios, no me la dió tan lucida. Debes quererle mucho. Ya ves, si no te tuviera voluntad, no te daría esta serenata. ¡Cómo siento que no la oiga tu tío! pero, hija, á nada que le dije que se vistiera, empezó á gruñir que no estaba él para embelecocos de músicas á estas horas. Como tiene ese genio tan así...

Entre tanto Manuelilla pensaba en lo bien que el

astuto de Faquimo se la estaba jugando de puño al licenciadito, pues aunque éste le habria ajustado como cantor, Faquimo cantaba por su cuenta. Y bañándose en agua de rosas inventaba mil burlas y cuchufletas al Esteban. De buen grado se las hubiera dicho.

Faquimo rompió de nuevo con voz arrogante y poderosa:

En mi memoria vive
tu juramento,
y el mío escondidico
dentro del pecho.

Á Manuela le dió un brinco el corazón y aun manifestó su júbilo con exclamaciones, risas y palmoteos, que mucho agradaron á su tía.

—¡Qué pico tiene ese Tomás! parece que se lo dicen al oído—dijo.

Y para su camisa rezaba: «¡Rabia, Esteban, rabia!»

Acabado el fandango los rondadores estuvieron un rato templando las guitarras, y al cabo rompieron con una jota. Entonces le tocaba cantar al licenciado, sin duda, pues con voz agria, como de gallina ronca, salió el muy romántico con la siguiente:

«De tres colores se viste,
señora, mi corazón:
encarnado, azul y verde,
que son tres flechas de amor.»

Manuelilla entre tanto hacía juramento de no quererle nunca, aunque se vistiera de rey de España ó emperador de las Indias.

Por fortuna sólo tuvo voz el nuevo cantor para echar tres ó cuatro coplejas más por el estilo, pues comenzó á toser, y dejó el puesto á Faquimo, quien como para

dar á entender á su zagalica la paciencia de que había menester para escuchar las canciones del Esteban, echó la siguiente:

«Un corazón de madera
tengo que mandar hacer,
que ni sienta ni padezca
ni sepa lo que es querer.»

Después para manifestarle la voluntad que le tenía, cantó aquella copleja que ya de sus labios había oído Manuelilla también, y que dice:

«Lo mismo es decirme á mí
que te olvide y no te quiera,
que decirle al sol que pare
en medio de su carrera.»

Acabada la jóta, y mientras templaban nuevamente, tía y sobrina sintieron el roce en las tapias del que se subía á colocar en la ventana la rama de álamo que se acostumbra en tales fiestas de enamorados. Ellas se apartaron del cristal un momento para no ser advertidas.

Después, así como por vía de despedida, rompieron las voces de todos los rondadores, al mismo tiempo que las guitarras, con una rondeña:

«Mañanita de San Juan
madruga, niña, temprano
para darle el corazón
al galán que puso el ramo.»

Y con esta despedida obligada se fueron. Manuelilla volvió á acostarse y su sueño fué más tranquilo y dulce, como no lo había sido desde la noche

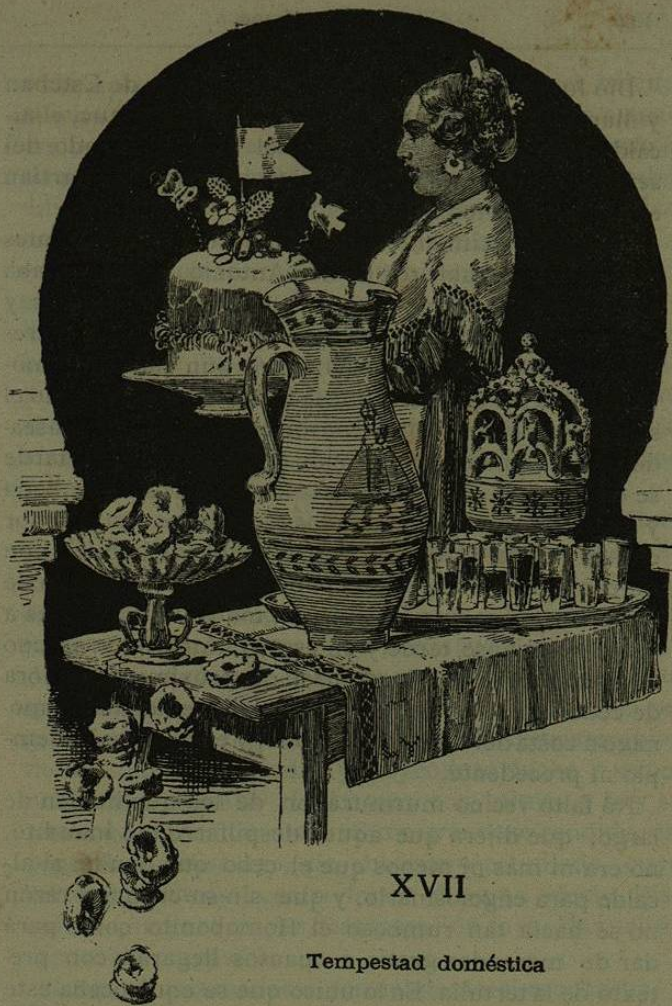
de aquel día en que Faquimo le declaró su amor. Sólo ya cerca de la madrugada le pareció sentir un rumor, como de nuevos ladridos en el corral; pero ni abrió los ojos.

Apenas despuntaba el alba cuando se asomó á la ventana. El cielo estaba gris, argentado por pálidos é indecisos vislumbres de la luz del día que poco á poco atenuaba la de las estrellas ya escasas y empequeñecidas: gris también y como envuelto en indecisa niebla estaba todo el paisaje: mustio el río, sombríos los matorrales de la orilla, solitarios de luz y color los prados. Toda la naturaleza parecía adormida. El viento soplabá tenue, pero frío.

En el alféizar de la ventana halló la rama de álamo, y también un ramito de aquel tomillo silvestre de tan buen olor que se criaba en la Granjilla. Al punto acudió á su memoria el recuerdo de los últimos ladridos que confusamente advirtiera entre sueños, y luego cayó en la cuenta de quién había puesto aquel ramo y lo que significaba. Enterneciósese de alegría y echó nuevas bendiciones á Faquimo desde el fondo de su alma por la prudencia é ingenio con que le había regalado y galanteado burlando los intentos del Esteban.

Por un buen rato estuvo contemplando el tomillo silvestre y gustando de su rústico perfume. Y vió insensiblemente cómo se apagaban las estrellas; y cómo la bóveda del cielo iba haciéndose más diáfana por la claridad del nuevo día; cómo empezaban á sonreír y á brillar las cristalinas aguas; cómo los arbustos se embellecían con la luz; cómo se doraban las mieses y se coloreaban las florecillas. La naturaleza despertaba. Y vió también que allá en el horizonte se dibujaban las lomas de las montañas, y por fin que un rayo, aún débil pero hermoso y puro como mensajero de Dios, inauguraba los esplendores del sol sobre el llano de la Granjilla y el Cerrillo del Diablo.

¡Imposible explicar los goces íntimos é ignotos de aquel alma cándida y enamorada ante espectáculo tan poético y admirable!



XVII

Tempestad doméstica

DE una en otra, se hizo ya costumbre todas las tardes reunirse de tertulia lo mejorcito del pueblo en casa de los Horcajos, donde se charlaba con mútuo contento hasta la hora de cenar. Se eligió para este fin el patio como sitio más fresco.

Dió lugar á cosa tan nueva el noviazgo de Esteban y Manuelilla. Mientras estos tenían su palique, el alcalde, el boticario, el dómíne, el bienaventurado del señor cura, doña Trinidad y otros vecinos, departían entre sí y con los de casa.

Este acontecimiento dió que decir no poco, pues salvo el memorable día de San Antonio, nadie visitaba aquella casa más que muy rara vez, por lo esquivos y despegados que eran sus moradores, los cuales parecían galápagos en la concha. Pero aún había un motivo de mayor asombro que la tertulia en sí: no sólo el señor Homobono y su consorte se presentaban aseados, ya que no elegantes, sino que como á prima tarde se obsequiaba con frutos sazonados ó roscos de boda y medias copas de leche, á los tertulianos; y al señor cura y á doña Trinidad, por achaque de la bilis, con un cangilón de chocolate por barba, acompañado de bizcochos. Bien que esto no era todos los días, pues á veces reuníanse tarde y en escaso número, y alguno solía excusarse por lo demasiado próximo de la hora de cenar; pero en fin, ello es que allí se llenaba el monago á costa del señor Homobono, y esto no tenía ejemplo ni precedente.

Nó faltó vecino murmurador, de los que huelen de largo, que dijera que aquel despilfarro tan inaudito, no era ni más ni menos que el cebo que ponían al alcalde para engolosinarlo, y que sin su cuenta y razón no se hacía tan rumboso el Homobonito como para dar de merendar gratis á cuantos llegaran con pretexto de la tertulia. En lo único que se equivocaba este pájaro, era en suponer que don Lucas se dejaba engañar, pues estaba tan al cabo de la trama como él, solamente que se hacía la cuenta consabida de: *dame pan y llámame tonto*.

En la tertulia había aquello de mucho saludo y cara de pascua por parte del señor Homobono, y más aún

de la Antonia, que era la motora de todo el belén: mucho de poner en las nubes al licenciado, y á su padre y á toda la parentela de los Igualadas, trayendo á colación con tal propósito, la bondad y honradez del difunto don Blas: mucho de *darse tono*, como se dice vulgarmente, con las haciendas propias. En fin, que la señora Antonia llevaba muy bien el negocio. Pero esto era á costa de alguna que otra trifulca con su indigesto consorte, que por mor del resentimiento del bolsillo, no le iba pareciendo tan bien como al principio lo del *gaudeamus*; como tampoco ciertas cosas que solía decir la Antonia para hacer ver el bienestar de la casa. Pero Homobono rezaba un poco y acababa por callar.

Mas no se piense por esto que Esteban fué tan afortunado que consiguiera cautivar el corazón de la zagala. Pues si desvió manifestó ésta con su silencio en un principio, no estaba ahora menos esquivo; apenas le respondía más que con monosílabos ó movimientos de cabeza, eludiendo siempre satisfacer la respuesta que más deseaba el enamorado: si le quería. Él seguía achacando el silencio, á recato é inocencia propios de una niña bien criada; y creyéndose ducho y experimentado, tomaba el galanteo con calma, y hoy se ponía de monos, y mañana mostrándose rendido, escopetaba un discurso, de antemano estudiado, cuyo éxito fiaba á tres ó cuatro frases de gran efecto. Discursos que, para mayor desesperación suya, Manuelilla escuchaba impasible.

Llegó á incomodarse formalmente el muchacho, y para darla celos, pasó casi toda una tarde junto á otra muchacha, con la que no cesó de hablar. De presumir es el jolgorio que le entró á Manuelilla de verse libre del moscardón.

Pero así que se fueron los tertuliantes, riéndose estaba de la formalidad con que Esteban había tomado

el papel de novio ofendido, cuando sintió venir á la tía, con más furia que el monstruo del Apocalipsis según hacía retemblar el pavimento con las rudas pisadas; y la vió entrar en el aposento, y acercársela, y tomarla por un brazo con tal impetu que la levantó de la silla en que estaba, y oprimiéndosele cruelmente decirla, en voz queda y demudada por la ira:

—¡Marmota, marmotona; chicuela y más que chicuela; orgullosota y más que orgullosota! ¿Has visto cómo se desvía de ti? ¿los desprecios que te ha hecho? ¿Te parece bien que todo el mundo se ría ahora de nosotros? ¡Que digan que eres un pedazote de carne con ojos, sin educación ni miramientos? Murmurarán de nosotros: «Está bueno el modo de enseñarla. Vaya una pepla que se va á llevar el Esteban.»

Todo esto lo decía abriendo de tal modo los ojos, poniéndolos tan amenazadores, gesticulando tan desmesuradamente con labios y dientes y acercando tanto su rostro al de Manuelilla, que no parecía sino que se iba á devorar con ferocidad implacable. Pero nada de esto, ni lo furibundo del discurso amedrentó á la doncella, sino antes bien hiriéndola é incomodándola, murmuró desviándose bruscamente, con los ojos bajos y con gesto de enfado:

—Pues porque tontea él.

—¡Pero, chica! Oiga, oiga la melindrosa... ¡Si me dan ganas!...

La tía acompañó esta frase, dicha con los dientes apretados, á la acción de levantar el puño.—Dios me perdone; que ni sé lo que iba á decir. ¿Te parece, empecatada criatura (que no parece sino que tengas el mismo demonio dentro del cuerpo), te parece que el hijo del alcalde es así, cualquier mozuelo á quien se pueden poner reparos? Un muchacho que en todo el pueblo le hay más sabido, ni de mejor sangre, ni más decente, ni más hacendado; que acaba de venir de la

corte; que es abogado ya? ¿Te parece, mostrenca, que le puedes poner reparos? ¿En qué piensas? ¿Estás enamoriscada por ahí de cualquier zopenco? ¿Quién se le puede igualar en todo el lugar? Pues sí, que hay muchos Igualadas. Hazle ascos al muy feote, que tiene sarna.

—Pues yo no le quiero, ea...—dijo Manuelilla con altanero desenfado.

La tía, llena de coraje, sacudió despiadadamente un mediano manotón en mitad del hechicero rostro de la zagala, quien más ofendida con esto balbuceó algún razonamiento con que quizá se hubiera comprometido descubriéndolo todo, á no ahogar su respuesta copioso llanto de despecho.

—Calla, deslenguada. ¿Y es éste el agradecimiento de lo que una ha hecho por ti? ¡Yo que he sido tu madre! Cuide usted de su hacienda, traiga usted tertulia para que hable con el novio... ¡Mira, Manuela... mira!...—añadió tomándola nuevamente el brazo.— ¡Mira!... Piensa lo que has dicho y ven luego á pedirme perdón. ¡Te casarás con él! ¿Entiendes, mocosa? Y cuidadito, porque á testaruda nadie ha ganado el pleito todavía á la hija de mi madre. Y mira que te lo digo ahora; óyelo bien: ó te casas con el Esteban ó te pongo á servir en Madrid ú en Salamanca ú en cualquier pueblo, como la hija de la señora Lucía ó la hermana de Paquiloco. Y nada más. ¿Pues qué, te mantenemos y te criamos para que hagas tu capricho? Los hombres: esos, son los que pueden elegir. Pero, una muchacha? y más tú que no tienes madre? Y mira...—repuso ya marchándose, con una risa, fiel pintura de su tesón y orgullo—mira que, como vuelvas á hacer lo que has hecho esta tarde, como á un chiquillo de la escuela te voy á vapular hasta levantarle verdugón; ¡que de mí no te ríes tú!

¡Pobre Manuela, cuánto lloró y con qué desconsuelo

su triste y desventurado destino! ¿Qué hacer en tan dura alternativa? ¿Seguir despreciando al Esteban? ¿Declarar que amaba á Faquimo? Entonces no había duda que paraba de sirvienta en la corte ó Dios sabía dónde; que la tía Antonia tenía tesón para cumplirlo como lo había dicho. ¿Era mejor fingir amor al uno amando secretamente al otro? ¿Y si Faquimo juzgando por las apariencias la creía infiel al juramento que le había hecho? Además, habíasele ido haciendo tan odioso Esteban, tan violento obedecer las arbitrarias conveniencias de la tía, que no hallaba medio de resignarse ni á fingir siquiera. Le parecía criminal andar con tales comedias, cuando con tantas veras amaba al desventurado mozo. Pero al cabo, qué podía hacer sino tomar este último partido? Así lo hizo; pero también levantó su alma al cielo y emplazó nuevamente á Dios como testigo de su inquebrantable resolución de no casarse con Esteban, y fuera cual fuera su suerte en lo venidero, amar siempre y con todo su corazón á Faquimo.



XVIII

El número dos

CUANDO á la tarde siguiente vino el licenciado á ver á su futura, y la halló contenta y no triste, amable y no esquivada, cual de ordinario estaba en días anteriores, materialmente se le esponjó el amor

propio dentro del cuerpo, pues atribuyendo tal cambio, en que pretendía ver algo de sumisión, á su firmeza de voluntad en estar *de monos* toda una tarde, no podía menos de reconocerse Tenorio experimentado, con ejecutoria de maestro en el tal arte de enamorar á las hijas de Eva. ¿Quién le tosía á él para burlar añagazas, despreciar melindres y componer máculas de la débil mujer?

Aquel día la declaración estuvo nuevamente en su punto; y al cabo los labios de Manuelilla fueron perjuros. Pero solamente los labios.

A todo esto el sorteo de los mozos que entraban en quinta llegó antes de acabarse el mes que corría. Fué en domingo, y como es natural, hubo grande agitación

en el pueblo desde la noche antes. ¡Qué día más crítico aquel! ¡Qué ansiedad los mozos! ¡Qué llanto las madres! ¡Qué angustia los padres y los hermanos! Antes del sorteo, ¡cuántas deprecaciones á Dios! Después, ¡cuántas maldiciones á los hombres!

El único mozo que lo tomó despreocupadamente, con asombro de todos sus camaradas, fué Faquimo. Estuvo de burla y cuchufleta toda la mañana, y Remigio, el alguacil, le amonestó de mal modo y aun le amenazó con encerrarle en la cuadra que hacía de prevención, porque cantaba á voz en grito, en el portal mismo del Ayuntamiento, coplas como ésta:

El cuartel es una venta,
el sargento es el ventero,
los soldados son los burros,
los cabos los arrieros.

Entre tanto Manuelilla, fingiendo interés por la suerte de Esteban, aunque sabía que de todos modos se libraba, asomábase á cada momento á una ventana por ver si venía según la prometió. Y en vista de tan buen deseo, que rayaba en puerilidad, la tía estaba contentísima. Es que no sabía lo que con tanto ventaneo anhelaba ver la zagala.

Por fin lo vió, y trémula de emoción, sin saber si sentía júbilo ó duelo profundo ¡tal era su incertidumbre! corrió hacia la escalera, diciéndose calladamente con transporte: «Es él!»

Aguardóle asomada á la barandilla de la escalera, y en cuanto le vió, preguntóle con ansiedad lo que tanto deseaba:

—¿Qué número tienes?

Y Tomás, sonriendo, contestó ingenuamente:

—El número dos.

Manuelilla se echó á llorar. Acercósele el mozo, y con ternura le dijo quedamente:

—¿Por qué te afliges, corderica? ¿Pues no ves que yo me río?

—Ya no puedes librarte...

—¡Toma! eso ya lo sabía yo. ¿No ves que no somos más de siete mozos en el pueblo y piden seis? Al Esteban le hubiera librado su padre.

—Yo creía que no importaba eso para librarte tú si hubieses sacado el último número.

—¡Qué boba!

—Pero ¿él ha sacado el último número?

—Sí...

—¡Mal haya sea su suerte!—exclamó la zagala con desesperación.

—Pero no llores ni maldigas, Manuela. ¿Qué culpa tiene él de que echen quintas ni de que haya guerra?

—Pues te digo—repuso ella llena de despecho y de cólera—que ¡mal haya sea él, y el que inventó la quinta, y el que inventó la guerra!...

Después de frases tan terribles, sólo se escuchó rumor de llanto desconsolador.

—Vamos, cálmate, Manuela, y no te aflijas por Tomás—le dijo éste cogiéndole una mano con timidez.—Ya sabes lo que te juré. No te aflijas. Y desde ahora te digo, Manuela, desde ahora te digo... (el mozo acentuó estas palabras no sólo con los labios, sino con la mirada y con la acción de oprimir los dedos de la zagala que entre los suyos tenía prisioneros), desde ahora te digo... que más que te cuenten lo que te cuenten de Tomás, y aunque parezca que todo se le vuelve contrario ó enemigo, no desconfíes de volverlo á ver ni pienses que no te quiere... ¿oyes?

—¿Y qué quieres decir con todo eso?

—Nada: ya lo sabrás.

Sintieron pisadas en la escalera, lo cual les impidió hablar más, cosa de que Faquimo se alegró, pues no deseaba dar explicaciones. Entráronse á la sala del

San Antonio procurando serenarse, ella sobre todo. Pero ¡ay! las huellas del llanto son muy traidoras, y así que las hubo advertido el importuno, quien no era otro que Esteban, exclamó:

—¡Cómo! ¿has llorado, Manuela? Vaya, cualquier borricada de este papanatas.

—No señor—contestó Faquimo descubriéndose y disimulando con habilidad pasmosa el mal efecto que le produjo el insulto:—yo no la he dicho más que... que Juanillico, el hijo de don Lupercio Alpuente, ha sacado el número tres, por lo cual su madre, la pobre señora Petra, ha hecho tanto duelo y echado aquellas maldiciones tan terribles en la puerta de la Alcaldía. Bien lo habrá usted oído. Y como se lo pinté tan al vivo y ella es muy blanda de corazón, se puso á llorar.

—¡Qué me vienes á mí con cuentos! Le habrás venido diciendo que yo tenía número bajo, y si te habían dicho que mi padre no me podía librar ú otra sandez por el estilo. Como si á mí me perteneciese ir á servir al rey, y á vosotros, paletazos, quedaros en el lugar haciendo el haragán. Ó como si mi padre no tuviese ocho mil reales de sobra. Nada, envidias. Apuesto á que se lo has dicho por gusto de verla llorar.

—No, señorito; que diga ella lo que la he dicho—repuso Faquimo con fingida ingenuidad;—di, Manuela, ¿no es verdad que sólo te he hablado de lo de Juanillico?

—Oye, gaznápiro—le interrumpió con mal tono el orgulloso licenciado.—¿En qué bodegón has comido junto á la chica? ¿Quién eres tú para tutearla? ¡Bruto! ¡Zafíote! ¡Si no tenéis educación, estáis como los cafres! ¡Qué! Peor; como los cerdos!

En esto apareció en escena la señora Antonia, quien puesta en cólera con lo que del mozo la refirió Esteban, unió al sermón de éste otro más disparatado. Faquimo hubo de echar mano de la prudencia de que carecían una y otro, y aún más; que de otro modo

hubiese dicho muchas cosas. Fué mejor que callara.

Envalentonado Esteban con el ejemplo de la tía y el silencio del mozo, y queriendo aún avergonzarlo más, le dijo:

—¿Y te estás tan fresco? ¿Quién te crees tú? ¿No sabes que eres hijo del Moro? Mira, animal, véte, porque no quiero hacer una barbaridad. Señora Antonia—añadió levantando la voz—si está aquí por más tiempo... se me figura que lo tiro por la ventana.

Faquimo le miró entonces de un modo particular. Es que dudó si arrancarle la lengua ó marcharse en efecto. Por fortuna los ojos de Manuelilla le suplicaron de tal modo, que sin decir una palabra, salió de la estancia y luego se le sintió bajar á pasos desiguales, fuertes y precipitados, y al mismo tiempo murmurar no se entendió qué, entre lamentos y gritos incomprensibles. Iba desesperado. Manuelilla sintió el agudo dolor de una herida renovada traídoramente en su corazón; pero al cabo pudo disimular.

—¡Qué borricos son estos muchachotes, Virgen de los Remedios!—exclamó la señora Antonia.—Porque no creas, Esteban, que á este chico le recogió, cuando era una criatura, mi cuñado Gaspar; cuando no levantaba más que tanto así. Allá le enseñó las labores, y como él venía ya un poco espabilado de casa del señor cura, tomó las liciones muy bien; de manera que cá-tate á Faquimo en cá mi hermana como si le hubiera parido ella. Y como ésta vivió allí cuando era una rapazuela como él, jugaban juntos y se trataban de iguales: de tú. Pero ahora que él es un mocetón, no sé cómo no se le cae la cara de vergüenza. Bien sabe cuándo lo hace; delante de mí no recuerdo que le haya tomado tal libertad.

Después Manuelilla y Esteban tuvieron una explicación sobre las indiscretas lágrimas origen del altercado. La zagala consiguió corroborar cuanto había dicho Faquimo acerca del particular, de forma que Esteban

se conformó al cabo, sin caer en la cuenta de cuya era la verdadera causa de duelo semejante.

Al domingo siguiente fué la talla y declaración de soldados. De uno de los mozos se dijo que, para no llegar á la talla, no probó otra cosa que agua desde la víspera á medio día, y después, digno émulo del señor Frutos en su caso, salió del pueblo anohecido y no volvió hasta las cinco de la mañana, trayendo el cansancio de ocho horas de camino por sendas, vericuetos y carreteras, y una bota mediana, de aceite, que se llevó, vacía y todo el líquido en su estómago. También vinieron, tempranito, los mozos de algunos pueblecillos circunvecinos, que por ser éstos muy reducidos acudían á tallarse en Villembrines; y asimismo el tallador, sargento muy forzado, como era menester para el caso, de peor catadura que el moro Faquimo, con bigotazos negros, y de aquellos que llevan la gorra de cuartel agachada sobre la oreja izquierda, y hablan en andaluz aun cuando no han nacido en Andalucía.

Pero de los mozos de Villembrines ninguno se salvó por la talla, cosa que ya sabían ellos de antemano, pues los mozos de Villembrines eran muy buenos mozos.



XIX

Una visita de don Lucas, y una noticia muy mala



Pasó justa una semana sin que ocurriera suceso alguno que de mencionarse sea. Manuelilla y Esteban se vieron y hablaron todas las tardes muy contentos, al parecer; mientras los tertulios murmuraban más ó menos, y el cura jugaba al tute (juego en que tenía fama de afortunado y diestro) en compañía del alcalde, ó del señor Frutos, aunque éste prefería el chilindrón ó la pechigonga.

Llegó el domingo, y don Lucas se compuso como en los días que repicaban gordo, con la levita de alpaca, la corbata de seda azul y blanca, el pantalón de lanilla claro y el sombrero de copa. Así ataviado, con un bastón, que no era el de autoridad, bajo el brazo, vieronle los vecinos dirigirse, poniéndose los guantes, hacia casa de los Horcajos, donde se dejó caer entre tres y media y cuatro. Fué pasado á la sala, donde se presentaron ambos